

NUEVAS CAUTIVIDADES

Jaime Vázquez Allegue

Y ustedes, los mercedarios y mercedarias: ¿a qué se dedican hoy? Porque, claro, cautivos, en el sentido de aquellos esclavos cristianos en poder de los sarracenos del siglo XIII que dieron lugar al nacimiento de la Orden de la Merced y de la Familia Mercedaria hoy -lo que se dice hoy por hoy- no existen. O, en todo caso, si existen, no son lo que eran, o lo que a primera vista debieran parecer.

La pregunta por la dedicación actual de mercedarios y mercedarias es la pregunta del millón (me refiero al millón de respuestas que se pueden dar). Porque si bien podemos afirmar, con relativa satisfacción, que la esclavitud ya no existe -sobre todo de manera evidente desde su abolición oficial- hemos de reconocer que las nuevas formas de sociedad que imperan en este mundo mundial nos han traído nuevas expresiones, fórmulas, estereotipos -como queramos llamarlo- de falta de libertad y de esclavitud. Más todavía. El millón de respuestas que se puedan dar a la pregunta, no llega ni al talón de aquellas situaciones de opresión y cautividad que vivían los cristianos del siglo XIII cuando eran esclavizados por el simple hecho (pero a la vez trascendental hecho) de ser cristianos.

A día de hoy, las situaciones de falta de libertad, de opresión, de esclavitud, de marginación, de todo lo que atente contra los derechos del ser humano se cifran -muy a nuestro pesar- por cientos de miles y millones.

Claro que no es lo mismo vivir en un punto geográfico que en otro de nuestro mundialito globo universal. Que no se vive de igual manera en el centro de New York que en la Patagonia, en la capital de Camerún -por mucha capital que sea- que en la Città di Roma, en las Batuecas que en San Juan de Puerto Rico. El mundo está mal distribuido y a cada uno le toca cargar -y hacerse cargo- del espacio en el que le ha tocado en suerte o desgracia nacer y vivir, también morir.

Total, que si en el siglo XIII los musulmanes se dedicaban a capturar a los

cristianos peninsulares para llevarlos al norte de África y los mercedarios de turno iban a redimirlos con el dinero recaudado y con sus propias vidas, hoy por hoy, habría que fundar innumerables grupos de redentores y redentoras para atajar la cantidad de situaciones de opresión, cautividad y falta de libertad que se están viviendo a nuestro alrededor. El caso es que ya no es necesario ir al otro extremo del mundo para buscar cautivos. Desgraciadamente -insisto- los tenemos a la puerta de nuestras casas, a la vuelta de la esquina y en la plaza más cercana.

La misión del mercedario y mercedaria de hoy sigue siendo la misma que antaño, con la diferencia de que a estas alturas de modernidad los esclavos y cautivos se nos han multiplicado de forma geométrica. Y si resulta difícil -como ya narraban las crónicas antiguas- redimir cautivos, no menos complicado se me antoja descubrir hoy las situaciones más grave de falta de libertad, la esclavitud de las esclavitudes, la madre de las cautividades.

Hay mucho que hacer. Demasiado para abastecer el número de la demanda. Sin embargo -parafraseando un refrán de época- los mercedarios y mercedarias son pocos pero lo hacen bien. Y allí en donde la Merced se hace presente las cosas cambian. El espíritu redentor que alentó a Pedro Nolasco en la Edad Media sigue aleteando y creando un clima de espacial libertad evangélica que sólo se consigue a través del compromiso redentor de quienes han decidido seguir aquel programa de vida y actualizarlo en las nuevas formas de esclavitud y en las situaciones de falta de libertad que se siguen viviendo.

La esclavitud de los desplazados

Nuestro precioso mundo se mueve, como todo lo que está vivo, de un lado a otro. Las desigualdades sociales y, sobre todo, las desigualdades mundiales han provocado una división cada vez más distante entre **ricos** y **pobres**, entre países ricos y países pobres, entre continentes enriquecidos y continentes empobrecidos. El resultado -el más lógico de los resultados- está en el deseo de quienes viven en los países pobres de ir a vivir a los países ricos. Lo cual produce un enorme movimiento de personas que se desplazan abandonando sus lugares de origen para trasladarse a otros mundos

desconocidos en busca de una mejora de vida. A día de hoy la situación de los inmigrantes se ha convertido en un problema para la totalidad de los gobiernos occidentales y de llamados países desarrollados. Las personas que llegan procedentes de países pobres desbordan las previsiones de los carteles electorales.

Además de las diferencias entre ricos y pobres como el origen y la razón que justifica los desplazamientos y migraciones sociales, **la guerra** se ha convertido en uno de los factores determinantes a la hora de mover masas de gente que se trasladan de un lugar a otro huyendo de los enfrentamientos y conflictos armados. Los grandes **campos de desplazados** vuelven a ser el bastión de refugio para quienes se convierten en el objetivo de un mundo injusto y desigual.

Emigrantes e inmigrantes, desplazados y refugiados, exilados y asilados se han convertido en grupos sociales que viven las consecuencias de una situación de opresión y cautividad que desborda, en la mayoría de los casos, las intenciones y presupuestos de muchos gobiernos y asociaciones dedicadas al trabajo con los desplazados.

Muchos de los inmigrantes que llegan a Occidente viven verdaderas situaciones de falta de libertad. Las estadísticas sitúan el fenómeno de la inmigración en uno de los problemas de mayor calado social. Los primeros resultados reflejan un descontrol general en la presencia de extranjeros en determinados países y ciudades que son marginados, rechazados y excluidos. Los siguientes resultados ponen de manifiesto el auge del racismo, la segregación, el rechazo, la violencia selectiva y, como consecuencia, el aumento de la delincuencia, el robo y la inseguridad ciudadana.

Las situaciones límite, la falta de recursos y la ausencia de programas de integración convierten a los inmigrantes en grupos sectarios y guetos de refugio y amparo organizados para defenderse de sociedades intolerantes e intolerables. La inmigración es, a todas luces, uno de los problemas más graves que se presenta para nuestra sociedad. Un reto ante el que alguien tiene algo que decir.

Desde el primer momento, la espiritualidad mercedaria ha visto en el inmigrante a aquel cautivo sacado de su tierra y obligado a sumergirse en una cultura y tradición ajena a su condición. En buen grado los inmigrantes actuales tienen que ser considerados los herederos de aquellos cautivos sumidos en mazmorras que malvivían

obligados a abrazar el islán.

Los campos de refugiados, las colonias de desplazados, las casas de acogida, las residencias de inmigrantes, el voluntariado de atención y acompañamiento, la lucha y defensa de los derechos humanos son, sin duda, una clara actualización del espíritu redentor que inspiró María de la Merced.

La esclavitud de los encarcelados

En el siglo XIII la situación que vivían los cautivos cristianos en poder de los musulmanes se convirtió en el centro de atención de figuras como **Juan de Mata, Pedro Nolasco** y dio lugar al nacimiento de las dos órdenes redentoras (trinitarios, mercedarios). Las respectivas inspiraciones convirtieron el compromiso de voluntariado de aquellas personas en dos iniciativas que se han ido actualizando con el paso del tiempo. La abolición de la esclavitud no eliminó la existencia y proliferación de cárceles, prisiones, internados, centros penitenciarios y otros muchos símbolos que en buena medida privan de la libertad a quienes han sido condenados por ser hijos de la delincuencia o resultado de una mala acción.

Las cárceles han sido durante muchos siglos centro de peregrinación para quienes han sentido de cerca la espiritualidad mercedaria. Al margen de las razones y justificaciones que han llevado a alguien a dar con sus huesos en una prisión, el sentir mercedario ve en aquellas personas privadas de libertad, un claro reflejo de aquellos cautivos encarcelados por ser cristianos.

A lo largo de los siglos, los mercedarios y mercedarias han visitado a los encarcelados siguiendo el plan de redención trazado desde antiguo que establece como consigna de redención: **visitar y liberar**. La visita a los encarcelados era el primer paso. Se trataba de acercarse a quienes carecían de libertad para anunciarles un mensaje de esperanza.

Hoy la situación por la que atraviesan los centros penitenciarios sigue siendo parecida. Las modernidades que impone el desarrollo y la técnica no han eliminado las cárceles. Al contrario, cada vez son más y más modernos los lugares a donde nuestra sociedad envía a quienes han cometido un delito, condenándolos a vivir al margen de

un mundo que camina en una única dirección.

La proliferación de centros penitenciarios es consecuencia de la masificación de las cárceles y lugares de internamiento. Esto hace que cada vez sea más necesaria la especialización, el desarrollo y el trabajo con quienes engrosan las listas de espera de los corredores hacia la libertad, aunque ésta sea condicional.

Hoy hablamos de planes de reinserción de presos, de colegios de internamiento temporal, de centros de reinserción social, de pastoral penitenciaria, de comunidades de acogida, de trabajo de voluntariado carcelario, de funcionarios bien preparados y de muchas otras novedades que han actualizado y puesto al día un trabajo de atención a quien -en teoría- disfruta de estar privado de libertad.

Con todo -y a pesar de todo-, la presencia mercedaria en las cárceles sigue siendo determinante a la hora de llegar al compromiso liberador de carácter evangélico. Las cárceles seguirán siendo un lugar de castigo mientras no se anuncie el mensaje liberador del Evangelio. Y esa labor (la de anunciar la libertad evangélica) cobra un sentido especial cuando se realiza en clave mercedaria. Es como si el espíritu liberador de María de la Merced se conmoviese cada vez que la patrona universal de las prisiones es nombrada en cualquier centro de internamiento.

Afortunadamente la presencia de religiosos, religiosas y laicos comprometidos con el espíritu redentor mercedario sigue siendo una luz que abre los caminos de la esperanza y una apuesta por un futuro entusiasmado en donde la libertad se escribe con letras mayúsculas.

La esclavitud de los niños

Si alguien es especialmente vulnerable a la manipulación, el engaño, la opresión y la cautividad es un niño. Las situaciones por las que atraviesan muchas sociedades reclama la atención especial del compromiso mercedario en la infancia a través de su formación y educación, así como por su promoción y desarrollo. Una buena formación es la base para crear personas adultas plenamente libres y consecuentes con sus propios principios.

La educación se ha convertido en un objetivo más para la causa mercedaria. La

esclavitud de la ignorancia, la opresión de la manipulación a la que nos somete la sociedad y la marginación y rechazo académico son un reto en medio de la superproducción, la especialización y la formación al más alto nivel.

El compromiso mercedario pasa por crear escuelas y colegios para **formar en la libertad**, para ofrecer una educación distinta que trabaje con los más jóvenes en el descubrimiento de los valores que implica tener una buena formación que capacite a la persona a tomar una decisión, a ser coherente y consecuente con sus ideas y a trabajar en favor de la liberación de todas las formas de esclavitud.

Desde hace mucho tiempo, religiosos y religiosas mercedarias optaron por la educación como una forma de ir a las causas y no a las consecuencias de la falta de libertad que se vive en muchas sociedades. Esa opción radica en trabajar con los más pequeños para educarlos en la libertad y en la tolerancia, y para hacer de ellos futuras personas comprometidas con el desarrollo integral de la persona.

La ignorancia, el desconocimiento, el analfabetismo y la falta de una buena formación son los caminos más rápidos para esclavizar a una persona en el mundo actual. No se trata tanto de esclavitudes físicas cuanto intelectuales o mentales. Vencer sin convencer es una de las estrategias más utilizadas en el campo de la manipulación. La información sesgada -presentada como formación integral- forma parte del patrimonio de la esclavitud de la sociedad manipuladora. Ejemplos como éstos ponen de manifiesto la necesidad imperiosa e imperante de la presencia mercedaria en la formación y educación en la libertad de la persona.

El trabajo con niños desde el ámbito mercedario no se limita únicamente al desarrollo de su crecimiento y maduración intelectual y de conocimiento. Nuestro mundo sigue convirtiendo a los más jóvenes en el objetivo más fácil para obtener una mano de obra barata, para su explotación y prostitución. En algunas lugares los más pequeños son utilizados como moneda de cambio para el enriquecimiento de unos pocos, abandonados en la calle como resultado y consecuencia de prostitución, el tráfico de drogas, la marginación y la pobreza más absoluta.

Los **niños de la calle** son -desde este punto de vista- esclavos de una sociedad que los utiliza como medio para obtener unos fines determinados. Las casas de acogida,

y las residencias para niños abandonados reflejan el compromiso liberador mercedario en aquellas situaciones en las que los más indefensos del mundo no tienen la posibilidad de salir adelante por sí mismos.

La educación, la formación, el acompañamiento y el crecimiento de los más jóvenes son, para los mercedarios, una tarea redentora de primer orden. Sus resultados, lejos de ser espectaculares, se convierten en lentas demostraciones de madurez y desarrollo que influyen en nuestras sociedades.

Las esclavitudes de los enfermos y mayores.

Cuentan las crónicas que cuando los primeros mercedarios viajaban a redimir cautivos se encontraban con tantos esclavos que casi nunca tenían el dinero suficiente para liberar a todos (muchas leyendas tienen aquí su origen). Ante la incapacidad de poder comprar la libertad de todo aquel personal la solución pasaba por quedarse ellos mismos como rehenes en espera de futuros pagos y seleccionar a aquellos para los que la necesidad de libertad era más apremiante. Aquellas mismas crónicas cuentan que llegado el momento de la selección uno de los criterios más habituales establecía a los **enfermos y ancianos** como los primeros candidatos a convertirse en objeto de canje.

Desde muy antiguo, la atención a los enfermos y mayores forma parte del trabajo prioritario de mercedarios y mercedarias. El Hospital de Santa Eulalia de Barcelona se convirtió -desde los orígenes de la familia mercedaria- en una referencia obligada. La presencia de centros para discapacitados, antiguos manicomios, hospitales y residencias para ancianos han formado (siguen formando) parte del patrimonio espiritual de la Merced.

Los enfermos y ancianos siempre han sido personas indefensas, cautivos de una enfermedad, esclavos de unas condiciones que los privaron de sus propias libertades físicas y psíquicas. En la actualidad, el abandono de muchos mayores, la desatención y falta de cariño por parte de sus familiares han convertido a nuestros mayores en cautivos de una sociedad desagradecida. El mundo de hoy ignora y margina a quienes ya no le son activos y productivos, y los convierte en restos -resquicios- de un pasado del que apenas se hace mención.

Las enfermedades mentales, las contagiosas, el sida y otros muchos males físicos han hecho de las personas que las padecen, objetivo claro de una nueva marginación social, volviéndolos esclavos de sus propias enfermedades. El resultado ha convertido muchos centros sanitarios en nuevas y modernas cárceles para quienes ya no resultan productivos a la sociedad.

La presencia mercedaria en situaciones de este ámbito se convierte, una vez más, en un nuevo aliciente entusiasta capaz de traducir una depresión en un ilusionado plan de futuro. Los centros de acogida, hospitales, sanatorios, residencias y demás organismos en los que trabaja la familia mercedaria ofrecen una nueva visión evangélica capaz de entusiasmar con un talante único y especial dentro de la Iglesia.

Antiguamente, cuando alguien hablaba de sus antepasados lo hacía con veneración, respeto y una gran sabiduría. Los ancianos eran los sabios, los guardianes de la tradición, los portadores de la enseñanza de la vida. Gracias a ellos el espíritu redentor de Pedro Nolasco ha permanecido alerta durante ocho siglos y continúa estando al día en todo lo que se refiere a ese plan de salvación que nos dejó Jesucristo con el testimonio de su vida. El Maestro curaba enfermos, expulsaba demonios, sanaba los corazones heridos. Nosotros, con muchos más medios, tenemos que convertirnos en médicos de los cuerpos y de las almas.

La esclavitud de la marginación social

¿Saben aquel que dice que un elevadísimo número de mujeres son maltratadas en los países del llamado primer mundo? No se trata de una broma, una tomadura de pelo o un dato para las estadísticas de calendario. La situación de la mujer en nuestro mundo pasa por todo tipo de discriminaciones a razón del lugar de turno en el que se encuentre. Pero estemos donde estemos, a estas alturas de los tiempos, la mujer todavía no ha alcanzado el nivel de **igualdad** con el hombre. A sabiendas, claro está, que nuestras sociedades occidentalísimas y modernísimas se empeñan de justificar y acallar una desigualdad que, a la vista está, se convierte en una discriminación marginal encubierta de primer orden.

Entramos a la valorar los casos de maltratos, de muertes violentas y los datos se

convierten en atentados frontales, despiadados y radicales contra el género femenino. Las desigualdades saltan a la vista en unas sociedades empeñadas en mantener una miopía de género permanente. Y si profundizamos llegaremos a la situación de la mujer maltratada y prostituida como forma de vida de subsistencia y supervivencia.

Tolstoy, en “Historia de un Caballo” describía el asombro que le producía el lenguaje de los hombres cuando hablaban de tener coche, tener casa, tener mujer,... utilizando el mismo verbo para la posesión que se tiene sobre las cosas y, por extensión, sobre la mujer al ser considerada un objeto más, como bien en propiedad o patrimonio de una sociedad machista por naturaleza. Esta desigualdad se vuelve insostenible ante una espiritualidad como la mercedaria en donde la libertad incluye, por definición, la igualdad entre todo el género humano. La marginación de género es, a todas luces, una de las mayores situaciones de opresión y esclavitud a la que se ve sometida nuestra sociedad.

La esclavitud de nacer en el tercer mundo

No se trata de pedir responsabilidades, pero nadie tiene la culpa de haber nacido en donde ha nacido. Que le digan -si pueden- a los niños africanos si les hubiera gustado nacer en el centro de New York. No deja de ser una estupidez imaginar suposiciones irreales, pero -a la vista está- la suerte de nacer en un mundo desarrollado, superdotado y avanzado no es la misma que la de asomar a la luz en el centro de un país subsahariano.

La situación actual por la que atraviesan la gran mayoría de los países africanos no es la de un panorama halagüeño. Guerras raciales, gobiernos dictatoriales, subdesarrollo, analfabetismo, falta de agua, hambre, muerte. ¿Necesitamos más razones para seguir consintiendo? Hablar de libertad en situaciones como éstas se implica -en la mayoría de las ocasiones- acercarse al pobre con un trozo de pan, con una vacuna contra la malaria, con un par de manos dispuestas a colaborar en la construcción de un dispensario.

El término Merced en África tiene un sentido mucho más amplio, todavía, de lo que nos podemos imaginar. Un proyecto de futuro en un país de misión parte -como de

costumbre- de lo más elemental y genérico. La nueva redención de cautivos se convierte en el trabajo permanente solidario de integración total en defensa de la supervivencia y la **planificación de un futuro inmediato**. Y uno se pregunta por las razones que han llevado a que los países en donde se congregan las mayores riquezas naturales de nuestro planeta permanezcan al alcance único y exclusivo del desenfreno de cuatro explotadores y al margen desesperado de toda una población que tendría que ser heredera indiscutible del patrimonio más grande de la humanidad.

La presencia de mercedarios y mercedarias en los llamados países de misión nos lleva a tener que viajar por todo lo largo y ancho del continente africano, de Asia y de una buena parte de países del continente americano. A estos escenarios de misión y trabajo, María de la Merced ha ido llevando a muchas generaciones de personas comprometidas con el carisma mercedario. Ellos han ido dispuestos a abandonar su tierra de promisión para hacer extensiva la misión de supervivencia a la luz del mensaje de esperanza y de liberación que nos legaron los evangelistas.

La difícil tarea del ser libres y liberadores

Suena a tópico y sin embargo es de lo más típico -en el mejor sentido de la palabra-, pero la fórmula **“libres para liberar”** es el fiel reflejo de lo que los mercedarios y mercedarias están llamados a realizar. El caso es que uno no puede regalar lo que no tiene, ofrecer de lo que carece y entregar lo que no posee. ¿Cómo se puede llevar la libertad cuando ésta no se posee? ¿Cómo una persona cautiva de todas las formas de cautividad puede hablar de libertad en el marco evangélico? De lo que se trata es de liberarse de todas las formas y circunstancias que condicionan nuestra propia libertad para -una vez liberados- convertirnos en portadores, con nuestro propio testimonio, de esa libertad. Parafraseando el adagio popular: **la libertad empieza por uno mismo**. Y para ser testimonio de libertad uno tiene que ser y sentirse completamente liberado. Y para anunciar a los cautivos uno tiene que ser protagonista de su propia liberación de cualquier forma de cautividad. La difícil tarea de ser liberadores incluye, por principio, la de hacerse libre en primer lugar.

Retos para el carisma redentor

No hemos citado todas las tareas en marcha del compromiso redentor mercedario, conscientes de que en poco espacio resulta imposible dar cuenta de todo lo que se está realizando. Cada lugar tiene sus propias situaciones de falta de libertad en donde el carisma mercedario ha de ser actualizado.

Ochocientos años son muchos años como para no saber lo que realmente implica ser Merced en la sociedad y en la Iglesia. En una ocasión, el Papa Juan Pablo II identificó a los mercedarios como los especialistas dentro de la Iglesia en la libertad. Todo un reto para seguir abanderando el estandarte de los cautivos y las nuevas formas de cautividad.

A decir verdad, la familia mercedaria seguirá existiendo mientras en el mundo existan situaciones de falta de libertad, de esclavitud, de opresión. Todo parece indicar que aquel proyecto inicial que movió a los primeros mercedarios a entregar su vida por lo demás sigue siendo -hoy más que nunca- el valor más grande que se puede dar.

Dar la vida por una razón que merezca la pena es el gesto más grande que una persona puede hacer. Darla por quienes sufren las consecuencias de falta de libertad se convierte en la referencia obligada del compromiso mercedario.

Ojalá algún día los mercedarios y mercedarias no tengan nada que hacer y se sienten en los bancos de las plazas de los pueblos a pensar a qué se van a dedicar. Eso querría decir que nuestras sociedades habrían conquistado la plena libertad y el mensaje de salvación evangélico llenaría la vida de todos los humanos.

Desgraciadamente todos sabemos que aún queda mucho por hacer. Hoy en día la Merced es una de las familias religiosas en la Iglesia con más promoción de futuro. Su presencia no sólo sigue siendo necesario en todos los ámbitos eclesiales sino que se ha convertido en una necesidad insustituible allí donde el Evangelio se quiere hacer presente.

La Merced está llamada a vivir otros ochocientos años redimiendo cautivos, actualizando su carisma y espiritualidad, llevando una palabra de aliento a todas aquellas situaciones de falta de libertad y un gesto redentor en favor de los más necesitados.

Hoy las intervenciones mercedarias siguen siendo una llamada de atención social

desde el ámbito eclesial. El nacimiento de la ONG Acción Liberadora se ha convertido en un nuevo estandarte de compromiso redentor con la mirada puesta en el futuro. Ochocientos años haciendo Merced son un testimonio fehaciente. Y, sin embargo, ¡todavía queda tanto por hacer!

Nadie que se conmueva interiormente ante las injusticias sociales y ante la falta de libertad puede quedarse con las manos en los bolsillos y permanecer ajeno. La familia mercedaria es un medio incuestionable para llevar a la práctica el modelo de liberación que nos dejó Jesús como proyecto y programa de vida. Merced es sinónimo de libertad y la familia mercedaria un gran grupo de personas comprometidas con la causa, convencidos de que su testimonio tiene mucho que decir, tiene mucho que hacer.